componer una familia por sí mismos mediante el matrimonio, así como tambien á los negocios temporales, para ser exclusivamente ministros de Jesucristo, operarios evangélicos, predicadores del mundo, ecónomos de la gracia, jueces en la tierra de los destinos de la eternidad.

Y no solo el sacerdocio sino su templo, su brillante y magnífico ceremonial, todo en él es figurativo de Jesucristo. Seria pues necesario detenernos mucho si quisiésemos explotar este inagotable minero de predicciones figurativas é históricas que anunciaba la venida del Redentor.

Baste pues lo dicho; y para considerar cuán atento estuvo siempre Dios á este grande acontecimiento de la salvacion del mundo por Jesucristo, penetremos mas en el Antiguo Testamento y escuchemos las predicciones directas, los misteriosos anuncios que de tiempo en tiempo fueron haciendo aquellos hombres inspirados, que llevan el nombre de Profetas. De las promesas y figuras debemos pasar á las profecías.

EXPOSICION

DE LA

DOCTRINA CATOLICA

SOBRE

LOS DOGMAS DE LA RELIGION.

LIBRO SEXTO.

EL MESIAS PROMETIDO.

ARTICULO TERCERO.

EL MESÍAS ANUNCIADO POR LOS PROFETAS.

Consideraciones generales sobre las profecías.—Libros de los Profetas.—Su autenticidad, verdad é integridad.—Mision de los profetas.—Profecías verificadas ántes de Jesucristo.—Vida y obras de los profetas.—III Oráculos de los Profetas.—Cuadro general de las profecías.—Profecías relativas á la venida, nacimiento, carácter, vida, pasion y muerte de Jesucristo.—IV Resúmen general de las promesas figuras y profecías.

INTRODUCCION.

"DESDE la caida de nuestros primeros padres, Dios no ha cesado, como ya hemos visto de prometer al hombre un Redentor. Se le ha mostrado á lo léjos en multiplicadas figuras desarrollándose y aclarándose con el progreso de los siglos. Como las imágenes y las figuras son los libros de los niños, el Padre celestial no ha presentado hasta aquí á los hombres la verdad mas sublime de la fe, sino bajo la forma del emblema y de la imágen simbólica. Les hablaba el lenguaje de la infancia,

para prepararlos á la inteligencia del lenguaje del hombre.[1] Así debemos convenir en que los diferentes rasgos del Mesías que hasta ahora hemos estudiado, no son suficientes: el diseño no es el retrato, y este es el que nos falta. Esparcidos por acá y por allá, y cubiertos con las sombras de velos mas ó ménos espesos, aquellos rayos luminosos no difunden mas que una pequeña claridad, y solo dan un conocimiento mui vago del futuro Libertador. No hai allí, en efecto, mas que el bosquejo de sus señas. Pues bien, Dios quiso que aquellas señas fuesen tan claras, tan características y tan circunstanciadas, que el hombre, sin una obcecacion voluntaria, no pudiese engañarse y desconocer á su Redentor."

"He aquí que ya va á disipar todas las sombras, concluir todos los rasgos y fijar todas las incertidumbres. ¿Y qué hizo para esto?"

"En su infinita sabiduría suscitó á los profetas. Asociando la inteligencia de ellos á su inteligencia infinita, les comunicó los secretos del porvenir. Puso ante sus ojos el Deseado de las naciones, y les mandó pintarle con tanta exactitud, que fuese bien fácil distinguir entre todos los demas á aquel hijo de David que habia de salvar al mundo. ¿Qué son pues las profecías? Las señas completas del Redentor, prometido desde el orígen de los siglos y figurado con mil rasgos diversos."

"En efecto, dice uno de los mas célebres orientalistas, examinando atentamente el texto sagrado, se ve con claridad que todas las profecías no forman, si me es lícito expresarme así, de la circunferencia de los cuatro mil años que precedieron al Mesías, mas que un gran círculo, cuyos radios van á parar á un centro comun, que no es ni puede ser otro que nuestro Señor Jesucristo, Redentor del género humano culpable desde el pecado de Adan. Tal es el objeto único de todas las profecías, que procuran señalarle de manera que no nos sea posible desconocerle. Reunidas forman la pintura mas perfecta. Los profetas mas antiguos trazan el primer bosquejo, y á medida que se suceden, van acabando los rasgos que sus antecesores habian dejado imperfectos. Cuanto mas se aproximan al acontecimiento, emplean colores mas vivos, y terminado el cuadro, desaparecen los artistas. El último, al tiempo de retirarse, tuvo cuidado de indicar el personaje que debia descorrer el velo. *Os envio di-*

1 Véase á M. Drach, *Del divorcio*, &., pág. 17.

ce,[1] en el nombre del Eterno, *al profeta Elías* (San Juan Bautista) ántes que llegue el dia grande y terrible del Señor."[2]

"Las profecías, pues, son las señales del Redentor, y tienen por objeto el darnos á conocer sus verdaderas facciones. Lo que comienza la una, lo concluye la otra; por manera que, reuniéndolas todas, tenemos el retrato completo del Redentor, retrato que conviene perfecta y exclusivamente al niño de Belen: de donde resulta que el Mesías predicho de los profetas es verdaderamente nuestro Señor Jesucristo."

"Sí, todas las circunstancias del nacimiento, vida, muerte y triunfo de nuestro Señor, han sido puestas de manifiesto por predicciones mas claras que la luz del sol. La historia exacta y completa del hijo de María, ha sido trazada de antemano por hombres que vivian unos mil, otros setecientos, y otros cuatrocientos años ántes que él."

Siendo las profecías la prueba mas robusta y mas notable de la mision de Jesucristo, es mui conveniente tratar no solo de las predicciones mismas, sino tambien de la mision divina de sus autores y de la autenticidad y verdad de los libros en que ellas están consignadas; pues, aunque segun dijimos al principio, esta obra da por supuestos los motivos de credibilidad y excluye las pruebas relativas á los antecedentes de toda exposicion dogmática, no será fuera de propósito indicarlas en algunos puntos particulares, y en obsequio de aquellos lectores que no hayan hecho el estudio ó la lectura de los tratados precedentes en que expusimos los argumentos con que se demuestra la autenticidad, verdad, integridad y divinidad de los Libros del Antiguo Testamento.

En esta obra, que tiene por título "Estudios fundamentales sobre el hombre," hablamos, entre otras cosas, de la posibilidad, necesidad y existencia de la revelacion; y contrayéndonos á esta materia tratamos, en primer lugar, de los libros y sus autores; en segundo, de los enviados y su mision, y en tercero, de la religion y su plan. Las profecías pues, tienen en primer lugar, unos libros en que están consignadas; en segundo, unos personajes enviados por Dios para hacerlas; y en tercero un significado histórico y dogmático relativamente al Mesías. Para comprender pues estos tres puntos en el precedente artículo, hablarémos en el mismo órden que queda indicado, de los Libros, de la mision divina y de los oráculos de los profetas, trascribiendo literalmente lo que en la citada obra dijimos.

1 Malaquías, III, 33.

2 Drach, *primera carta á los israelitas*, pág. 41.

CAPITULO I.

DE LOS LIBROS DE LOS PROFETAS.

Con este nombre de *Profeta* se designan en la Sagrada Escritura, no solamente aquellos hombres que anuncian por divina revelacion cosas futuras; sino tambien algunos otros singularmente privilegiados por las eminentes cualidades de su espíritu, ó por otros dones del Espíritu Santo, distintos de aquel que en extricta significacion se conoce con el de profecía. El hombre dotado con conocimientos superiores en las cosas divinas ó humanas, el que manifestaba penetracion de las cosas ocultas, aquel á quien Dios hacia hablar sin que entendiese lo que hablaba, el que hablaba en nombre de otro, como Aaron en el de Moisés; el que componia ó cantaba en honor de la Divinidad himnos sublimes, que anunciaban una inspiracion sobrenatural, y por último, el que obraba alguna maravilla ó milagro; todos estos se designan á su turno con el nombre de profetas. [1] Es necesario tener esto presente, porque de otro modo se daria márgen á mil dificultades excusadas y muchos errores de trascendencia. Esta es táctica mui antigua de los incrédulos, quienes, "confundiendo, como observa Amat, las diferentes " significaciones, suelen presentar el oficio de profeta, como " un arte que se aprendia como los demas; á cuyo fin, di- " cen ellos, habia escuelas y colegios de profecías entre los " judíos, como se lee en la misma Escritura: arte (añaden) " que conocian tambien las otras naciones. Distinguiendo " pues, las varias acepciones del nombre profeta, se respon- " de tácitamente á los frívolos argumentos de los enemigos " de la religion, que á falta de razones sólidas, echan mano " de sofismas compuestos con cierta sal y agudeza para fas- " cinar á los sencillos é incautos lectores." [2]

Cuando hablamos pues de los profetas, tomamos esta palabra en su sentido mas estricto, entendiendo por tales aquellos hombres á quienes Dios ha revelado cosas futuras que no puede prever la sabiduría humana, para que las anuncien á los hombres. Hai diez y seis profetas, á cada uno de los cuales corresponde en el antiguo Testamento un libro que lleva su nombre bajo la designacion comun de profecía.

1 *Bergier.* Diccionario teológico, artículo *Profeta.* (*Extracto.*)

2 La sagrada Biblia nuevamente traducida. *Advertencia sobre los profetas en general.*

Son pues los siguientes. La profecía de Isaías, la de Jeremías y su discípulo Baruch, la de Ezequiel, la de Daniel, los cuales se llaman Profetas mayores: y las de Oseas, Juel, Amós, Abdías, Jonás, Micheas, Nahum, Habacuc, Sophonías, Ageo, Zacarías y Malaquías, que son profetas menores. Tales son los libros proféticos, sobre que vamos á hablar. Las cuestiones particulares que se refieren á la profecía, y las consecuencias que de ella deban inferirse, no son de este lugar. Por ahora solo tratamos de dejar establecida y comprobada la autenticidad de estos libros, como primera base de toda la doctrina que en ellos se contiene. ¿Existieron sus autores? ¿Escribieron estos Libros? ¿Los escribieron en el tiempo sucesivo que indica su cronología? He aquí lo que al presente nos importa discutir. ¿Fueron verdaderos órganos de la Divinidad, al predecir lo futuro? Este es punto que debe tratarse, cuando se hable de la mision respectiva. ¿Dijeron la verdad y dieron con esto una prueba incontestable á la religion que habia de establecerse? Este es un punto que á su turno tendrá lugar, cuando vengamos á Jesucristo, término legítimo de todo el antiguo Testamento, objeto de las profecías y fundamento del cristianismo.

El órden de las cuestiones que nos hemos propuesto, parece exigir que se pruebe de un modo sucesivo la existencia de los profetas, la sucesion cronológica de sus profecías; pero siendo unos mismos los argumentos que hai para todo, nos limitarémos, en obsequio de la brevedad, á una demostracion comun, que lo comprenda todo. Probar que existieron los Profetas en el sentido riguroso de esta palabra, y tal como nos los manifiesta el antiguo Testamento, es demostrar, no solo su existencia y la de sus predicciones, mas tambien que estas se fueron sucediendo segun el sistema cronológico con que se refieren en los Libros santos. Por otra parte, no es necesario llevar á tal punto la escrupulosidad sobre esta materia, que haya de dividirse todo el cuerpo de las profecías, para fijar esmeradamente la época precisa de cada una. En materia de profecías basta demostrar que ellas fueron realmente anteriores á las cosas predichas; que no pudieron ser de ningun modo el efecto de la prevision natural, y que se verificaron puntualmente todas las cosas anunciadas. Reduciéndonos pues á la primera cuestion, debemos probar que las profecías se habian hecho ya, mucho tiempo ántes de que se verificasen los sucesos á que se refieren.

Estos se reducen á tres principalísimos, que son: la repro-

bacion de los judíos, el establecimiento del cristianismo y la vida y muerte de su Divino Fundador. Es un hecho reconocido unánimemente, que estos tres acontecimientos pertenecen á la historia moderna, entendiendo por historia moderna la de la Era cristiana. Jesucristo nació, primer acontecimiento: estableció su Iglesia con la mision de sus apóstoles, segundo acontecimiento: despues de estos dos sucesos, y muerto ya el Redentor, Tito y Vespasiano tomaron á Jerusalen, y dejando al pueblo judío sin hogar y sin patria, ejecutaron la sentencia de su reprobacion, tercer acontecimiento. El mas antiguo de estos sucesos es el nacimiento del Mesías; de donde resulta, que si demostramos que mucho tiempo ántes del Mesías, habian existido ya los profetas, y eran conocidas sus predicciones en los mismos términos que se refieren en el antiguo Testamento, llenamos en lo absoluto nuestro objeto, reducido al presente, como ya se ha dicho, á la simple existencia de los profetas y sus predicciones, ó lo que es lo mismo, á la autenticidad de los libros proféticos. He aquí pues lo que vamos á exponer.

Hai al presente dos pueblos, el pueblo cristiano y el pueblo judío. Excluido este de la participacion de las promesas por su enconada obstinacion contra la fe de Jesucristo, ve al Hombre-Dios y á la Iglesia que fundó con su sangre, con los ojos del odio mas encarnizado; y entre todas las pasiones que pueden combinarse en el corazon, para formar los sentimientos mas contrarios á los vínculos de la fraternidad humana, no puede citarse una sola, que no exista en su mas alto punto en el pecho de los judíos con respecto á los cristianos. Cuanto puede inventar la imaginacion mas cavilosa y el interés mas pronunciado en favor de algun designio, todo lo han puesto en práctica los judíos para combatir la mision de Jesucristo. Y si hemos de graduar por los hechos la escala que divide los odios entre la infinita serie de enemigos que ha tenido la Iglesia, debemos confesar ingenuamente, que ella no tiene contra sí odio mas enconado y mas profundo que el del judío. Demos un paso mas: si los judíos entendieran que alguno de los puntos reconocidos por la Iglesia podian ser falsificados, ¿quién duda que desde el principio de la Era nueva habrian sacado á la palestra este nuevo género de ataque, léjos de guardar un silencio profundo sobre el particular? Pues no está reducida nuestra prueba á este simple silencio; porque contamos así mismo con la mas antigua, la mas concertada y uniforme, la mas universal, la mas pública y solemne profesion de los judíos en favor de la existencia, autenticidad y verdad de los libros

proféticos. "Si pues el testimonio mas cierto, el ménos sospechoso, el mas irresistible de un hecho cualquiera, es el que da en favor suyo el hombre que tendria mayor interés en disputarle, nosotros oponemos con una fuerza irresistible dice el cardenal de la Luzerne, el testimonio de los judíos, nuestros adversarios, sobre la antigüedad de las profecías, á cuantos entre los otros enemigos del cristianismo se empeñan mas en reducirla á duda. ¿Se pretenderá que el fraude haya sido concertado con los judíos, y que estos se hayan puesto de acuerdo con nosotros, á fin de suministrarnos contra ellos mismos unas armas tan victoriosas? ¿O se sostendrá que la falsificacion fué hecha, sin que ellos llegasen á sospecharla, ó á pesar suyo, y que ellos desde luego cegaron para no verla, ó enmudecieron para no revelarla?" [1] Pues el hecho es que ó se admite la autoridad mas incontestable de los judíos, ó se escoge alguna entre estas dos suposiciones. ¿Y en qué deberia fijarse aquí la eleccion? En nada, si trata de algo que sirva de prueba; pero si tratara de averiguarse cuál de ambas hipótesis es mas evidentemente ridícula, podrian admitirse ambas, sin decidirse por ninguna; porque no se sabe cuál es mas chocante al sentido comun, si suponer un pueblo que tiene vista, y no ve lo que mas hiere sus ojos; ó que tiene habla, y no levanta la voz contra los errores que le hieren de muerte y tocan en la parte mas delicada sus pasiones y sus intereses. He aquí un argumento que han empleado siempre con el mejor éxito los apologistas del cristianismo, y contra el cual jamas han podido prevalecer los mas bien combinados ataques del ingenio sofístico, ni las mas vehementes declamaciones de la incredulidad. [2]

Hai mas todavía; pues los testimonios que apoyan la preexistencia de las profecías, no están circunscritos á los límites del pueblo judío, aunque esto bastaria por sí solo, para asegurarnos en la posesion de la verdad. Tambien pueden citarse aquí los escritores paganos. Todos los libros que contienen estas profecías habian sido traducidos en griego muchos siglos ántes de Jesucristo: en términos, dice el cardenal

1 Disertation sur les Prophéties, chap. 1, art. 1, § 4, (pág. 49 de la edicion de Paris de 1842.)

2 Puede verse á San Justino, *ad Græcos Cohort. cap.* 13; á San Juan Crisóstomo en el núm. 1 de su exposicion al salmo 44; á Teodoreto en la oracion décima, de Providentia; á San Agustin en el núm. 14 de su narracion sobre el salmo XI, en el 9 sobre el LVI, y en otros varios lugares que designa el mismo autor citado en la nota anterior.

citado,[1] que cuando Jesucristo apareció estaban aquellos esparcidos, no solamente entre los judíos, sino entre los gentiles; no solo en su lengua original, sino en la lengua mas conocida, mas usada, mas cultivada por todos los hombres instruidos de todos los paises.

"Dios, autor de tantos bienes, leyendo en el porvenir, y viendo á la luz de su divina presciencia lo que habia de acontecer en el trascurso de los tiempos, dispuso, por una providencia mui singular, que las predicciones hechas desde la antigüedad mas lejana acerca del Salvador que habia de venir á rescatar á todos los hombres y enseñarles á honrar como es debido la majestad del Omnipotente, se hiciesen visibles é inteligibles al mismo tiempo por una exacta explicacion, á todos los pueblos de la tierra. Inspiró pues él mismo al rei Tolomeo el designio de hacer traducir las Divinas Escrituras con la mas grande fidelidad, y colocarlas en las públicas bibliotecas, á fin, sin duda, observa Eusebio, obispo de Cesarea, de que estuviesen allí, como en una especie de reservatorio comun, para el uso y provecho de las naciones venideras, que habian de ser llamadas á la fe.[2]

Los libros proféticos estaban pues traducidos. Nada puede concluirse, por tanto, contra su existencia. ¿Podrá objetarse cosa racional contra su integridad? ¿Se dirá que existieron los profetas y profetizaron, pero que los libros en que están consignadas sus predicciones han sido alterados por el curso de los tiempos? Para suplantarlos en el todo, ó alterarlos en parte, insertando allí profecías que no hubiesen existido, habria sido necesario fabricar ó corromper juntamente el texto hebreo y la version de los setenta; habria sido necesario tener por cómplices á todos los judíos dispersos y á todos los gentiles que poseyesen ejemplares de la Santa Escritura; habria sido necesario que esa inmensa multitud de hombres divididos en tantas generaciones, tan remotos por los tiempos como separados por los sitios, hubiesen entrado en el complot, comprometiéndose á guardar el mas profundo secreto; y que despues de tan solemne compromiso, lo hubiesen observado con tan escrupulosa fidelidad, que ni el odio comun al cristianismo, ni las divisiones entre gentiles y paganos, ni el calor sostenido de tantas y tantas controversias, ni las ramificaciones de sectas que han dividido á esos pueblos, ni los procedimientos finos y delicados de

1 Ibid.

2 Preparatio evangelica, lib. 8, cap. 1°, pars 1ª, (pág. 451 de la Coleccion de los padres de Caillan, tom. 19, edicion de Paris de 1830.)

una crítica constante, hubiesen podido en diez y ocho siglos de transcurso sorprender el secreto de este complot, ó columbrar siquiera su orígen. ¿Y puede llevarse mas adelante la cadena de los absurdos en el sistema de las suposiciones? ¿Puede imaginarse nada mas remoto, mas contradictorio y ridículo? Cualquiera de estas hipótesis es de todo punto imposible, y por tanto debemos convenir, á vista de lo expuesto, en que ningun hecho histórico se halla mejor comprobado, que la existencia, autenticidad y verdad de los libros proféticos.

CAPITULO II.

DE LA MISION DIVINA DE LOS PROFETAS.

La existencia de la prediccion y su cumplimiento prueban concluyentemente la mision divina de los profetas, que consiste precisamente en anunciar de parte de Dios ciertos futuros acontecimientos á los hombres. Hemos demostrado ya lo primero; en cuanto á lo segundo, hai que distinguir las profecías que miran á Jesucristo, de cuyo cumplimiento hemos de tratar en el capítulo siguiente, de las que se habian verificado ántes, á las cuales debemos limitarnos en el presente capítulo, pues en materia de profecías, lo mismo que de milagros, basta un solo hecho para demostrar la mision particular del personaje que pronuncia las primeras ó practica los segundos. Sin embargo, como nos hemos propuesto extender nuestras pruebas á la vida y escritos de los enviados, hablarémos aquí, primero, de las profecías verificadas; segundo, de la vida de los profetas; tercero, del carácter de sus escritos.

§. I.

Profecías verificadas ántes de Jesucristo.

Sin entrar ahora en la reseña de las muchas profecías que hai en el Pentateuco, pasemos á tratar de algunas de los profetas que hemos enumerado, las cuales tuvieron su mas exacto cumplimiento aun ántes de la venida del Mesías. En el capítulo VII, verso 8 de Isaías, predice este profeta el fin del reinado de Israel, señalando hasta el instante. Dentro de sesenta y cinco años, dice, Ephrain habrá dejado de ser un

pueblo; y esta profecía fué cumplida en los tiempos de Salmanasar y Assharaddon.

Profetizó Jeremías contra Babilonia en términos tan vehementes como minuciosos: *El dragon del desierto*, exclama, *se radicará en ese sitio con los reptiles, y las aves lúgubres harán allí su mansion: no será ya jamas habitada, ni se levantará, para reedificarla, ninguno de los que siguen en las generaciones venideras.*[1] *Un monton de piedras será Babilonia*, dice en otro lugar,[2] *guarida de las bestias salvajes, espanto, silbido: nadie habitará allí.* Benjamin de Tudela muestra el cumplimiento de estas profecías, asegurando que ya en su tiempo el palacio de Nabucodonosor no formaba sino ruinas que habian venido á ser albergue de serpientes y escorpiones.

¿Quién ignora la célebre profecía de Isaías,[3] en que Ciro es designado por su propio nombre, cuando anuncia el profeta la reedificacion del templo y de la ciudad de Jerusalem? Tal es la minuciosa escrupulosidad con que todo se va designando, que no parece sino que la profecía fué proferida despues del acontecimiento; el cual no se verificó, sin embargo, sino hasta los doscientos años de su prediccion.

Herodoto nos hace ver el cumplimiento de las profecías de Jeremías y Ezequiel relativamente á Ephreo rei de Egipto, diciéndonos que este monarca fué aprehendido por Amasis, encerrado luego en una prision en Sais, y por último, condenado á muerte.

Ezequiel consuela en estos términos á los judíos, profetizándoles el fin de su cautiverio y su feliz retorno á la patria: *Yo os haré habitar como ántes, dice á nombre del Señor, yo os daré los mas grandes bienes como al principio, y así comprenderéis que yo soi el Señor.*[4] Estas mismas predicciones en términos diferentes se encuentran repetidas en otros dos lugares del mismo profeta. Su cumplimiento exactísimo es un punto de la mas alta notoriedad en la historia.

Daniel, al profetizar la ruina de Jerusalem bajo Vespasiano y Tito, abarca una larga série de sucesos que debian preceder á la última catástrofe, y que se verificaron á la letra cuando les fué llegando su turno. En el capítulo XI habla de los primeros reyes de Persia hasta Jerjes, de Alejandro

1 Jerem., cap. L, ℣ 39.

2 Cap. LI, ℣ 37.

3 Isaías, XLIV, ℣ 26, y XLV, ℣℣ 1º y sig.

4 Pueden consultarse el cap. XXXVI, ℣ 2º; cap. XXXVII, ℣ 12 de Ezequiel.

y sus sucesores en Egipto y en Siria, como si escribiese una historia. Este es el capítulo que el Pontífice Jado, segun refiere Josefo, leyó al grande Alejandro cuando este rei pasó por Jerusalem.

He aquí una profecía de Oseas: *los hijos de Israel estarán mucho tiempo sin rei, sin caudillo, sin sacrificios, sin altar, sin Ephod y sin Theraphines; y despues de esto volverán los hijos de Israel en busca del Señor Dios suyo, y David su rei: y buscarán con temor al Señor y á sus bienes en el fin de los tiempos.*[1] Ahora bien: ya se entienda que habla esta profecía del cautiverio de los judíos y de su regreso á la patria bajo la conducta de Zorobabel, segun la interpretacion que ellos hacen, ó bien que aquí se trate de las desgracias que habian de pesar sobre esta nacion despues de la muerte de Jesucristo, como lo entienden San Gerónimo y muchos autores cristianos, el hecho es que la profecía se encuentra de todo punto cumplida.

El profeta Amós predijo dos años ántes el temblor de tierra que aconteció cuando el rei Osías usurpó las funciones del Sumo Sacerdote, y profetizó tambien el cautiverio de los judíos y su regreso á su pais. Nos hariamos interminables, si pretendiésemos entrar aquí en todos los pormenores que se refieren á las profecías cumplidas con exactitud ántes de la venida de Jesucristo. Basta decir que todas ellas están mui circunstanciadas, todas persuaden su verdad, no solo con el texto de los libros santos, con el del pueblo judío y el acuerdo unánime del cristianismo, sino tambien por los mismos documentos que se encuentran en la historia profana. Hemos hablado ya de Herodoto, y ninguno de los medianamente instruidos en la historia ignora que Jenofonte cuenta, en el libro séptimo de la suya, cuál fué la suerte de Baltazar, á quien el profeta Daniel descifró el funesto enigma de aquellos caracteres que una mano invisible trazó en los muros de su palacio, á la sazon que profanaba en un inmundo festin los vasos consagrados al culto del Señor. El célebre Huet dilucidó este punto con la extension que le facilitaba la amplitud de su plan, en la proposicion sexta, donde se propone manifestar el cumplimiento de muchas profecías del Testamento Antiguo, verificadas ántes de la venida de Jesucrito. Pueden consultar este lugar en el libro de la Demostracion Evangélica de este autor los que apetezcan alguna mayor amplitud en la materia.

1 Cap. III, ℣℣ 4 y 5.

§. II.

Vida de los profetas.

¿Y qué dirémos de la vida de los profetas? Toda ella nos revela de una manera inequívoca la rectitud del juicio, la pureza de las costumbres y la santidad del corazon. No conocian estos santos personajes un interes mayor, que el que les inspiraba la mision augusta que habian traido á la tierra. Desplegaban constantemente un celo venerable por la gloria de Dios y la sólida felicidad de su pueblo. ¡Qué de medidas no pusieron en práctica para combatir y exterminar la idolatría! ¡De cuántos arbitrios no se valian á cada paso para poner á los israelitas á cubierto de la seduccion! No contentos con instruirlos de viva voz, difundian con exquisita solicitud sus escritos por todas las masas, haciendo á propósito las mas fecundas y claras explicaciones. No esperaban en el retiro de su gabinete los datos que habian de servirles para calcular los frutos de sus trabajos importantes: porque salian de él para visitar las casas de los particulares; catequizaban la infancia, precavian á la juventud, sostenian á la edad madura, penetraban en el palacio de los grandes, en la corte de los idólatras; y con un esfuerzo que solo podia comunicarles la íntima conviccion del poder sobrenatural que los sostenia, defendian la verdad de sus doctrinas, lo que no pocas veces precipitaba sobre ellos el odio y la persecucion de los grandes.

"Estos dignos ministros, dice Pontbriand, en quienes se " complacia el Espíritu del Señor, vivian con la mayor edi- " ficacion. La pobreza, la mortificacion, el desinterés, uni- " dos á una santidad extraordinaria, aumentaban la con- " fianza y daban nuevo peso á sus palabras. Ellos eran " como el baluarte de la religion contra la impiedad y el " desarreglo de las costumbres: llevaban un traje peculiar, " y se mantenian, casi siempre, retirados en las poblaciones " pequeñas, en donde la inocencia ordinariamente se con- " serva mejor que en las ciudades. En este retiro era en " donde, ocupados enteramente de la oracion y del trabajo, " desarmaban el brazo del Todopoderoso, pronto á herir al " pueblo judío. Si se dejaban ver en las ciudades, no era " sino para cumplir las funciones del santo ministerio y de- " tener el curso de las prevaricaciones. Muchos de ellos " fueron llamados por los reyes infieles, que no podian mé- " nos de respetar á unos hombres en quienes se dejaban

" ver virtudes tan eminentes: hablaban en público en los " templos y en las plazas. Las profecías que anunciaban, " se cumplian algunas veces durante su vida, y aun mui " poco despues de haberlas anunciado: el objeto de otras " estaba por lo comun mui lejano, y no se cumplian sino " mucho tiempo despues de su muerte." [1] Pero el tiempo, que en su curso todo lo deja comprobado, vino á justificar, como se ha visto ya, toda la exactitud de sus anuncios, los cuales, por este solo hecho, daban á la mision profética de estos personajes ilustres un testimonio que, léjos de ser desmentido, se robustecia mas y mas con el espectáculo continuo de una vida pasada entre las austeridades de la penitencia, los movimientos del amor divino y las pruebas difíciles de la virtud.

§. III.

Obras de los profetas.

Pero vengamos á sus escritos: puesto que la doctrina contribuye á su turno á multiplicar, digámoslo así, á la vista de los hombres, las credenciales divinas que muestran en testimonio de su mision los Enviados del Altísimo. Leed los profetas, ponderad la esencia y carácter de su doctrina, y decidnos si podéis atribuir á la razon humana este prodigio de concepciones, con que nunca se honraron los mas esclarecidos timbres del saber humano. "Jamas se leen sin ad- " miracion las Santas Escrituras, observa mui á propósito " el autor citado, pues se distinguen por la sublimidad, y se " manifiestan superiores á todas las obras mortales: pero " esta hermosura, esta elevacion se observa particularmente " en los escritos de los profetas, que nos dicen las cosas " mas magníficas y mas sublimes, empleando los términos " y las expresiones que competen á la grandeza del asunto. " En todas sus páginas se encuentran descripciones majes- " tuosas, una nobleza, una solidez y una vehemencia que " la impostura jamas pudo imitar. Lo que admira es que, " á pesar de la sublimidad de su estilo, se acomodan á to- " dos los entendimientos, y se explican con sencillez cuando " hablan de lo que se ha de creer y practicar. La idea que " dan de Dios es de las mas grandiosas: la pintura que ha- " cen de su providencia, de su poder, de su eternidad, de " su justicia y de su misericordia, eleva el espíritu y llena

1 *Pontbriand.* El incrédulo desengañado, lib. 2º, cap. XII.

" el corazon. ¿Qué cosa, por ejemplo, mas hermosa que
" el pasaje del profeta Amós, (capítulo IX verso 5 y 6.)
" sobre el poder del Ser supremo? *El Señor Dios de los*
" *ejércitos toca la tierra, y queda seca: ha establecido su mo-*
" *rada en lo mas alto de los cielos: llama las aguas del mar,*
" *y las derrama sobre la haz de la tierra: el Señor es su*
" *nombre.* Todos estos profetas no tiran en sus obras, sino
" á inspirar amor hácia la virtud, y á guiar á los hombres
" hácia Dios. Ellos hablan siempre con autoridad y sin
" temor alguno, como que están seguros de lo que dicen:
" no se ven en sus discursos ni lisonjas ni disimulos: el ca-
" rácter de rectitud y de sinceridad que se nota en ellos, la
" energía, la vehemencia con que se explican cuando se tra-
" ta de los intereres de Dios, prueban que estaban anima-
" dos de su espíritu. Todos tienen el mismo lenguaje, lo
" que el uno dice en un tiempo, es repetido y confirmado
" por el otro: de suerte que no se puede tener al uno por
" sospechoso, sin recusarlos á todos." [1]

Hemos demostrado que los profetas anunciaron acontecimientos que no estaban en el órden de la prevision humana, y que muchos de ellos, que se referian á épocas anteriores al advenimiento del Mesías, fueron exactamente verificados; que estos personajes observaron, no solamente una conducta irreprensible, sino una vida santa; y que manifiestan por último aun en sus mismos escritos la inspiracion divina que animaba su mente y hacia correr su pluma. Luego eran Enviados de Dios, y tuvieron por tanto una mision divina.

CAPITULO III.

ORACULOS DE LOS PROFETAS.

La primera prueba, pues, que nos da Jesucristo de su mision, es la expectativa del género humano y señaladamente de la nacion judía; espectativa que se prolongó por cuarenta siglos y que estuvo constantemente sostenida por mil fuerzas maravillosas; por las mismas instituciones políticas, por el culto público, por los sacrificios, &c.; de modo que puede decirse á la letra, que toda la historia del género humano hasta el nacimiento de Jesucristo, no es mas que la historia del Redentor y de su Iglesia, representada visiblemente en

1 *Pontbriand.* Obra y capítulo citados.

las figuras y magníficamente anunciada en las profecías. Hemos hablado ya en el artículo precedente de esta representacion histórica del Mesías, ya en la vida de algunos personajes célebres, ya en las instituciones diversas del pueblo escogido: contraigámonos pues á las profecías, examinando: primero, el cuadro general de su conjunto; segundo, las que conciernen á la vida de Jesucristo; tercero, las que hablan de su nacimiento; cuarto, las que se refieren á su vida, carácter, &c.; quinto, las que anuncian su pasion y muerte.

§. I.

Cuadro general de las profecías.

"Abrid los libros del antiguo Testamento, dice un escritor moderno: ¿Qué veis en ellos? Predicciones del nacimiento de Jesucristo en el seno de una vírgen, predicciones de la formacion, engrandecimiento y duracion eterna de su Iglesia; predicciones de la justicia, de las gracias que hallarian en este Enviado de Dios cuantos creyesen en él. Los profetas le descubren al través de los futuros siglos: ¡con qué respeto, con qué santo entusiasmo hablan de él! Leed en Isaías la historia tan precisa como asombrosa de la pasion, de la muerte y de la resurreccion de este Libertador divino. ¿Quién podria sin enternecerse pasar aquí la vista por la pintura de los padecimientos que debia sufrir por nosotros, pintura que en el Evangelio hallamos tan perfectamente realizada?".....

.....

"¡Que no pueda yo poner á vuestra vista los profetas! Allí veríais designada la pequeña ciudad de Belen, para ser el lugar del nacimiento de Jesucristo: allí tambien al Precursor, que como un ángel debia precederle algunos dias, preparándose ántes en el desierto, para salir luego á anunciarle al mundo: allí, el soberano imperio que debia ejercer sobre los cuerpos y sobre las almas; allí, el tercero dia en que debia resucitar por sí mismo del sepulcro, el momento y el modo con que habia de elevarse á los cielos: allí la prontitud con que habia de someter á las naciones; allí la expiacion de los pecados, el establecimiento de la justicia eterna, el cumplimiento de las profecías, la abolicion de los sacrificios, el sitio de Jerusalen, la destruccion de la ciudad, la abominacion de la desolacion en el lugar santo, la ruina completa del templo; consecuencias espantosas del deicidio de los judíos y de su lamentable ceguedad. En otro lugar